

humillacion al reconocer al presidente de la provincia, á quien habia visitado el dia anterior en la ciudad. Bien hubiera querido evitar semejante encuentro, pero era tarde: yo y mi serpiente nos habíamos puesto en evidencia.

El presidente, á quien llamó mucho la atencion mi caza, aprovechó aquella ocasion para hablarme largamente de Rio-Janeiro y de las personas que me habian dado cartas para él; por mi parte, hubiera preferido marcharme.

Al llegar á Nazareth me puse á disecar mi boa delante de M. Benito; lo cual le sugirió el pensamiento de causarme una sorpresa. Dos dias despues esperó á que me despertara, teniendo arrollado alrededor de su cuerpo un boa vivo, con la precaucion indispensable en tales casos de apretar con una mano el cuello del reptil muy cerca de la cabeza. Aunque familiarizado ya con las serpientes, no ví con gusto á pocas pulgadas de mi cara aquella enorme boca abierta.

M. Benito habia encontrado á un negro que hacia jugar aquel boa con un raton atado á un bramante, lo que divertia no poco á los niños negros é indios. Si la serpiente no se comia el raton, el negro volvía á cogérselo con gran destreza, le pasaba por el cuello una pequeña paleta de madera de la forma de una azada, y la cogía por detrás de la paleta sin temor de ser mordido.

Todos en el Pará conocen los boas, y sabido es que sus mordeduras no son peligrosas, por lo que apenas se les teme, y en muchas casas hacen el oficio de gatos, pues son inofensivos á no ser que se les maltrate ó moleste.

Fui á pasear por la ciudad y á hacer observaciones. En ninguna otra parte he visto á las negras, y en general á la gente de color vestir de una manera tan coquetona como en el Pará. Las negras y mulatas especialmente, merced á su pelo lanudo y rizado se hacen peinados á manera de andamios que muy bien pudieran prescindir de la peineta; no obstante, todas las usan de enorme tamaño. Tambien las flores desempeñan allá en el interior de tales prendidos un importante papel; y á veces aquellas mujeres, presentan un aspecto vistoso con sus trages escotados y siempre de colores chillones.

Cuando no me dirigia á los bosques marchaba temprano á Nazareth; y, como en Rio-Janeiro, iba á pasearme por el mercado que se celebra en la orilla del rio. Muchas embarcaciones grandes y pequeñas van á amarrar contra el muelle; los compradores que allí las esperan saltan á ellas porque el borde está alto, y á vista de pájaro pueden ver desde luego lo que les conviene comprar. Es preciso hacer bastante temprano las provisiones, porque durante el dia casi nada se encuentra, sobre todo en lo tocante á carnes.

Otro mercado interior me ofrecia menos alicientes, porque la tierra encarnada de que he hablado, cuando no ha llovido durante algunos dias se remueve por todas partes bajo las plantas de los transeuntes, y forma un lodo insoportable. Dicho mercado tiene, por lo demás, menos estension que el otro, y en él se espandan, segun creo, objetos que han pasado ya por las manos de revendedores y revendedoras.

Allí se ven todos los cruzamientos de raza, desde el blanco hasta el negro, pasando por los diferentes matices: el mameluco, el cafusa, el mulato, el mestizo, el tapuyo, el indio puro y el negro.

Ara-Piranga.—Fábrica de vasos.—Serpientes.—Una comida brasileña.

Un dia fuimos á la isla de Ara-Piranga, que está inmediata á la de las Onzas y de la gran isla de Marajo, patria de los córalos y los tigres. De esta isla se llevan los bueyes destinados al consumo de Pará. El año 1859 habia sido fatal, pues las inundaciones del Amazonas lo arrasaron casi todo; he olvidado la cifra á que ascendieron las pérdidas; y como no habia mucha carne seca y *feigoens*, los europeos, acostumbrados á un régimen diferente del usado en el Brasil, comian muchas conservas á subido precio, como todo lo que procede de Europa y de los Estados-Unidos.

Partimos un dia en una barca, y al cabo de algunas horas llegamos á una hermosa hacienda, cuyo dueño portugués salió á recibirnos y nos llevó inmediatamente al comedor, por el cual era preciso pasar para ir á las demás habitaciones. La mesa estaba completamente levantada: bien hubiera querido que así no fuese; pero la hora ordinaria del desayuno no habia sonado aun, y supe con terror que era preciso esperar todavía mucho tiempo.

En aquella hacienda, en la que habia unos cincuenta esclavos, se fabricaban vasos de toda clase, entre los cuales vimos algunos magníficos; luego nos llevaron al jardin, donde habia uvas agraces que desesperaban al propietario. Aquel jardin, como la mayor parte de los del Brasil, estaba formado de alamedas, y las platabandas que por lo regular son de piedras ó mariscos y reemplazan los bojés y los céspedes, les dan un aspecto seco y árido. El calor, por otra parte, se opone al desarrollo de las flores, ó las desarrolla demasiado pronto.

El dueño de la casa me hizo muchos presentes, lo cual me redujo al silencio, porque al llegar emitia francamente mi parecer sobre ciertas cosas que me gustaban, y él me las ofrecia inmediatamente con la mayor amabilidad.

Recorrimos luego el pais, cazando al paso á la sombra de los bosques, y llegamos al otro lado de la

isla, donde hice un dibujo de mangles y recogí mariscos.

Al dia siguiente, despues de doblar las hamacas nos despedimos del dueño de la hacienda. Al ver indios á quienes podia retratar con toda comodidad, pájaros poco recelosos y en gran número, y alamedas sombrías para la fotografia, resolví instalarme en aquel sitio. Efectivamente, algunos dias despues me aproveché de la barca que va y viene periódicamente de Pará á Ara-Piranga, y M. Benito, al frente de mis bagajes y yo nos establecimos en el interior de la isla.

Antes de partir me tomé la libertad de decir á M. Benito con toda la posible cortesía que era un bruto y un cerdo, y que se modificase un poco por respeto siquiera á una casa estraña: estas observaciones hicieron al parecer alguna mella en él, pues cambió de corbata. No me atreví á insistir respecto de lo demás, proponiéndome arrojarlo al agua como por descuido involuntario, el primer dia que fuese á bañarme.

Al volver á Ara-Piranga no hablé en la casa sino al hermano del patron y á un jóven artista que sin haber tenido maestro hacia algunas veces los dibujos de vasos con escelente estilo. Acomodéme en un espacioso cuarto que daba al rio, y por espacio de quince dias pinté á mi placer; cosa que me ocurría por la primera vez desde mi salida de Europa, puesto que en casa del señor X... no era esto fácil empresa, y menos aun en mi antigua pobre choza cuya puerta-ventana apenas tenia cinco pies de altura, al paso que las hojas del techo que bajaban mucho, interceptaban la luz.

Cuando me cansé de pintar tomé la escopeta. En el camino encontré á dos negros esclavos de la hacienda, que me siguieron y me mostraban pájaros que me convenia cazar, cuando yo no los veía; persiguiendo á una cotorra entramos en el bosque. Habia manifestado ya mi sentimiento por no encontrar serpientes; mas como los negros las habian visto en diferentes sitios, y entre otras un enorme boa, me ofrecieron traérmelo vivo. Contáronme toda clase de aventuras acerca de este peligroso reptil, que habia tragado animales de magnitud fabulosa, y se comprometieron á cogerlo al dia siguiente por via de pasatiempo.

Nos deslizamos durante algun tiempo al través de las lianas, y me disponia á saltar por encima de un tronco de árbol derribado por el rayo, cuando al otro lado ví tendida en el suelo, sin hacer ninguna ondulacion, una descomunal serpiente de color de hierro. Conocia los inconvenientes de la escopeta en tales casos; pero al volverme apresuradamente para decir á los negros que la cogiesen viva, ya no estaban allí: su valor se habia convertido en pánico ante la realidad.

No obstante, aquella especie de barra de hierro empezaba á moverse, y fue preciso adoptar el partido ordinario; pero erré el tiro, y con pesadumbre ví formarse un gran agujero cerca de su cabeza. Esto me hizo entrar á toda prisa en mi cuarto, y luego reparé el daño causado por mis balas. Aquella serpiente, de una especie poco peligrosa porque no tiene colmillos, es una digna compañera del famoso sucruhyu que he traído á Europa; ambos están en mi casa arrollados alrededor de un candelabro, y como otros animales gigantescos, asustan á los niños que se atreven á entrar en mi estudio.

Vinieron luego á decirme que un gran córalo (serpiente de cascabel) se habia metido entre las vigas de una barraca construida mas arriba del desembarcadero.

Esta especie es muy peligrosa: su cabeza plana y su cola obtusa no me permitieron dudar que era en efecto la serpiente de que se hablaba, siendo necesarias grandes precauciones para cogerla sin ser tocado por su boca. Mucho me tentaban sus colores, pues nada parecido á ella habia visto. Trajéronse bramantes gruesos, y no era fácil cogerla porque se deslizaba de viga en viga, esparciendo un olor fétido á cada movimiento que hacia. Por fin, á fuerza de intentar diferentes medios logramos apretarle fuertemente el cuello y la hicimos caer medio estrangulada, atándola luego á un poste.

La comida estaba dispuesta. Solo éramos tres los que debíamos sentarnos á la mesa en una sala inmensa; la mesa era tambien muy grande y redonda por sus dos estremidades, las que por lo regular ocupan los señores de la casa. Comimos muchas yerbas, huevos de tortuga, agutis (el conejo de América), pacas, tatús, tortugas, frutos llamados *abogados*, que contienen una crema exquisita, sobre todo cuando se le echa rom y azúcar, sandías y ananas, pues las naranjas valen poco en el Pará. El pan abundaba á mi lado; los otros dos convidados comian harina de yuca, y como bebían agua no me atreví á aceptar el vino que me habian ofrecido, aunque mi salud necesitaba entonces una bebida tónica. Cada uno de nosotros tenia á su lado un gran vaso de tierra de forma de cáliz, y una india lo llenaba de agua á medida que bebíamos.

Terminada la comida, me dí prisa á poner mano á la diseccion de mi serpiente... ¡Mas, ah! M. Benito, llevado por un exceso de celo, quiso desprender la piel é hizo en ella innumerables agujeros que la dejaron inservible. Arranquéla colérico de las manos de aquel bárbaro, acabé de rasgarla y puse en la puerta al desdichado, prohibiéndole que me hablase y mirase.

El dueño de la casa me aconsejó bajase el Amazonas en canoa, despues de haberlo subido en vapor.

Despedíme de él y de aquella isla en que á mi regreso debia tocar de nuevo para ir de ella á la de Marajo, donde me proponia pasar á Cayena.

Partida para Manaos —Un nuevo criado.—Navegacion.

No bien el presidente de la provincia supo que mi intencion era subir el Amazonas, me dispensó el favor de concederme el paso gratuito á bordo de un vapor que iba á Manaos, pequeña ciudad situada en la desembocadura del Rio-Negro.



El oficial melomano.

taller de un sastre, aproveché la ocasion. Compré además nueve libras de pólvora inglesa de superior calidad, y una feliz contingencia me hizo encontrar perdigones, porque en aquel país los pájaros son mirados con desprecio, dado que solo se caza para comer.

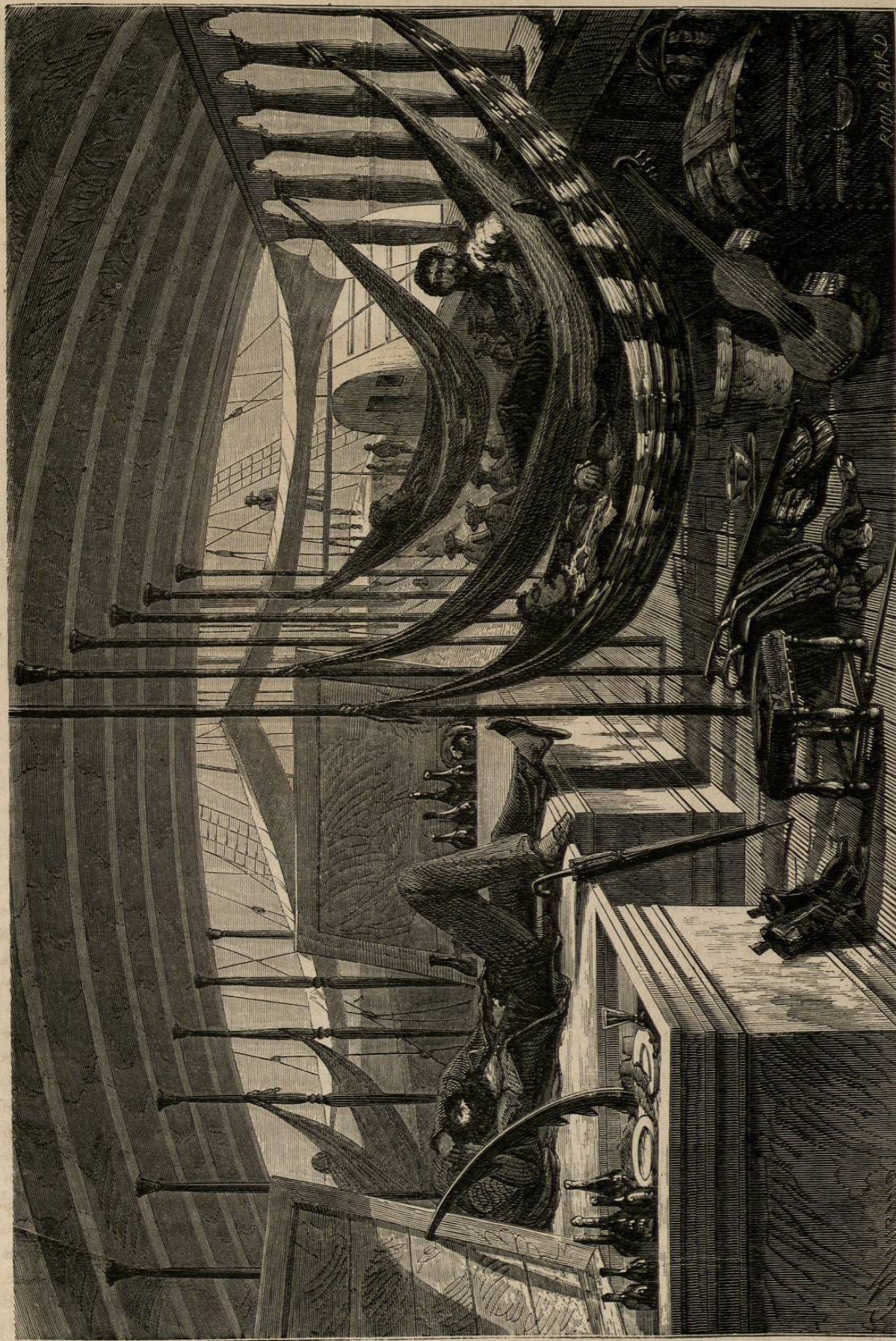
Erame preciso esconder mi pólvora, pues corria á la sazón por la ciudad el rumor de que un individuo convicto de hablar mucho habia visto coger y arrojar al agua lo que no habia sabido ocultar, es decir, pólvora y cápsulas. Para que no me sucediera lo mismo tomé grandes precauciones, metiendo cada libra de pólvora en botes de hoja de lata, envueltos en papel y servilletas, y guardando todo en un saco de noche cubierto con naranjas. Lo que no pude encontrar fue papel de color para dibujar á dos lápices, aunque no escaseé las diligencias para procurármelo; y sin una feliz idea que me sugirió

M. Benito estaba loco de alegría, porque recordaba sus escursiones por el Perú, habia subido muchos rios y comerciado con los indios. Así, pues, me pidió dinero para hacerse una pacotilla, comprando collares y tabaco; lo mismo hice yo; y como no era probable que encontrase cosa de mediana importancia en Manaos ó en otra parte, compré, como en mi primera expedicion por los bosques, tenedores, cuchillos, algunas libras de aceite, pimienta y sal. Descan- do tener una sopera, y habiendo dos de venta en el

un cajon enviado de París á un negociante, en el que habia géneros envueltos en un papel grosero, grande hubiera sido mi apuro. Con este inesperado tesoro hice los álbuns que me proponia.

El buque zarpó á la noche siguiente. M. Benito, á quien habia enviado al consulado para que recogiese su pasaporte, no se dejó ver en todo el dia. Al amanecer del siguiente me despertó un fuerte olor de aguardiente. El desventurado apenas podia tenerse en pie, por mas que se apoyaba en su palo.

Llorando á lágrima viva me declaró que no podia hacerme el honor de acompañarme, y que por consiguiente le pagase. M. L..., en cuya casa estaba entonces, vino á ayudarme á echar mis cuentas, lo que no fue fácil, porque la atroz embriaguez de M. Benito hacia olvidar á éste lo que yo habia comprado para él, y tampoco podia darme razon de los gastos de que



La toldilla del vapor del Pará en Manaos.

le había encargado. Instamóse para que se retirara y nos contestó con mil injurias, vendiéndome todo por otros tantos favores; así, pues, no pudiendo hacer otra cosa en atención á su estado, envié á llamar la policía, y se retiró insultándonos terriblemente.

Pocas horas despues volvió ya libre de la maléfica influencia del aguardiente, trayéndome sus cuentas y pidiéndome además que le comprase sus collares de cuentas de vidrio, puesto que estaba descontento de sus *servicios*, y no queria llevarlo mas en mi compañía. Irritado con tales escentricidades, espresadas medio en francés y medio en portugués, eché á M. Benito á la calle.

Quedéme esta vez en una situacion mas crítica que el dia en que me separé del italiano para ir á vivir en los bosques, y mas que al llegar al Pará, porque, ignorando la imposibilidad de procurarme un criado, conservaba á lo menos la esperanza de hallarlo.

M. L... tuvo la bondad de enviar á informarse de la compañía de los negros de si podia darme uno por *compañero*, pues era preciso abstenerse de proferir la palabra *criado*. El jefe de dicha compañía vino á conferenciar conmigo. Si es inmensa la diferencia que hay entre un negro viejo y una hermosa parisiense, no era menor la que habia entre aquel hombre y un negro viejo. Nada he visto tan horroroso como su cabeza; tenia además por adorno, segun la usanza de ciertas tribus africanas, una cresta que partiendo de la frente le llegaba á la punta de la nariz. Aquella cresta, ó por mejor decir, aquellas pantallas, han sido sin duda inspiradas por la cola del cocodrilo (he traído uno que me sugiere esta comparacion en el momento en que escribo, lo cual es para mí una fortuna, porque no sabia decir á qué se parece aquel *adorno* desconocido en Europa.) Cuando el negro abrió la boca para responderme, creí ver las fauces de un tigre, y sus dientes, que eran muy puntiagudos, aumentaban el horror del fenómeno.

Aquel hombre me dijo que no podia darme un negro, pero que tenia á mi disposicion un indio mura, conocedor del pais, pues era natural de las orillas del Amazonas.

Una hora despues se presentó el indio, y como las fealdades iban de mal en peor, esta vez di un paso hácia atrás, pues tenia á la vista un Mefistófeles de carne y hueso. Goethe y Scheffer habian adivinado á Policarpo... sí! Policarpo se llamaba.

Este nombre, que alejaba toda idea diabólica, me tranquilizó. A todos los encargos que se le hicieron bajaba la cabeza sin replicar palabra, aunque hablaba ya el portugués, porque hacia un año que vivia en el Pará; y no habiendo lugar á la eleccion, el negocio quedó concluido en el acto.

El buque era pequeño; su toldilla, en lugar de contener una tienda, estaba cubierta de tablas sostenidas por ligeras columnas. Cuando subí á bordo,

aunque aun era de dia, los viajeros, portugueses en su totalidad, habian colgado sus hamacas é impedian el paso. Lo mismo hice con la mia; los cofres mas indispensables se colocaron á lo largo de los costados cerca de las hamacas, y sirvieron mas tarde de bancos.

Zarpamos á media noche y pasamos por entre innumerables islas, despues de dejar á nuestra espalda la de Marajo. Jugábase cerca de mí al chaquete, y un jugador entusiasta, á cada movimiento brusco que hacia, y hacia muchos, empujaba mi hamaca sin advertir que al volver yo le empujaba á él. Empecé por refunfuñar, pero poco á poco fui interesándome en aquel juego de vaiven tanto como él en su chaquete; y brillando la luna en todo su resplandor, podia ver desde mi columpio las islas cubiertas de palmeras y lataneros cerca de las cuales pasábamos.

No logrando conciliar el sueño á causa de la barahunda que me rodeaba, recorría en mi memoria todo lo que en materia de bien y de mal habia experimentado desde mi salida de París. Habia viajado desde Southampton á Rio-Janeiro con franceses; de Rio-Janeiro á Victoria con colonos, casi todos alemanes; á Espíritu-Santo con indios; de Rio-Janeiro al Pará con brasileños en su mayor parte; y en el Amazonas me veia rodeado de portugueses: ¿habia ganado en el cambio?

Todas estas reflexiones y otras harto diferentes me ocurrían columpiándome al ruido de los dados que los jugadores arrojaban estrepitosamente sobre el tablero.

Vino el dia, y mas aun que por la noche pasamos costeano de cerca aquellas islas, bajas todas y pobladas de árboles altos, entre los que abundaban los lataneros y los palmistos. De trecho en trecho veia chozas sostenidas por piedras: precaucion que no siempre las pone á cubierto de las inundaciones. Una de ellas, un poco mayor que las demás, se unia á una especie de muelle por medio de un tablon tambien sostenido por piedras, y en el cual habia muchos tiestos de flores, descubriéndose á la espalda de la choza un desmonte reciente. Mirando todo lo que me rodeaba, mecido en mi hamaca, el canto harto conocido de un pájaro europeo me hizo volver la cabeza: era un jilguero, objeto del cariño de un viejo aficionado portugués, que sin duda habria comprado á buen precio tal curiosidad europea: aquel jilguero tenia á lo menos sobre los magníficos pájaros del pais, la ventaja de cantar bien.

Desde que habia salido el sol veia muchos objetos arrastrados por la corriente, que me parecían orquídeas, plantas que asidas á los árboles por unos rudimentos de raíces sin fuerza, caen fácilmente.

Continuábamos rodeados de islas, y me dijeron que

aun no navegábamos en el Amazonas. Es probable que incurra involuntariamente en algunos errores geográficos, porque aunque puse en juego en el Pará todos los medios posibles para adquirir datos seguros, cada cual me hacia una descripción que por lo regular nada tenia de comun con la que respecto del mismo asunto presentaban los demás. Por ejemplo: supe que la ciudad de Pará ó de Belen está situada sobre el Amazonas, al paso que otros me dijeron que lo estaba sobre el Guayarrá; otros que sobre el Guamá, y el mayor número me aseguró que lo estaba sobre el rio Tocantinos.

Aquella noche tocamos en Breves, donde dejando y tomando algunos pasajeros, embarcamos leña, pues allí no se usa el carbon. Cada pedazo de aquella pasaba de mano en mano para formar rimeros en el puente, y los hombres, negros ó blancos, repetían al recibirlos con monotonía voz el número cantado por el que se hallaba á la cabeza de la fila.

Desde Breves pasamos aun mas cerca de las islas, que estaban tan inmediatas entre sí, que un niño hubiera podido arrojar una piedra de una á otra. La serenidad del rio era tal, que aquella maravillosa naturaleza se reflejaba en sus aguas como en un espejo. Cuanto mas nos alejábamos del mar mayores proporciones presentaba la vegetacion, y aunque entonces estábamos lejos de la influencia de las mareas, el agua era un poco salada.

Durante el dia pasamos por delante de una choza construida sobre estacas, en la que se daba prisa á entrar multitud de mujeres y niños vestidos en su mayor parte con trajes azules: sin duda era aquella la hora de comer de la familia. Mas allá descollaba una gran choza blanqueada, que era una venta donde bebían y pagaban su aguardiente algunos negros, y cerca de allí chillaban unas cotorras.

El rio se ensanchaba por momentos, el viento empezaba á soplar, y nos alejamos de las chozas, que seguían colocadas á gran distancia unas de otras. Aquel dia entablé relaciones amistosas con un brasileño, M. O..., que iba como yo á Manaos, y sabia tanto francés como yo portugués. Aseguróme que nadie podia señalar á punto fijo el número de islas que hay en el Amazonas, y me esplicó diferentes cosas que yo hubiera ignorado siempre, haciéndome notar ciertos árboles y diciéndome á qué usos estaban destinados. Habia oído vender á voces en las calles de Pará una bebida llamada *assayi* y la habia probado, y recuerdo que me gustó poco por ser espesa y un poco agria; la isla por cuya inmediacion pasábamos estaba poblada de los árboles que la producen, que son una especie de palmera. Dicha bebida se obtiene sin mas que echar el fruto del árbol en agua hirviendo, y pasar luego el líquido por un tamiz. Mostróme tambien un árbol colosal, cuyas hojas ma-

tan instantáneamente, y cuyo nombre es *assaca*. Ví asimismo el siringa, árbol del que se extrae la goma elástica. Los hombres que hacen la recolección de esta sustancia ganan mucho, y algunos recogen hasta veinte libras diarias cuando los árboles son de buena calidad. Practicase al amanecer una ligera incision en los troncos, y se ata por debajo de ella una pequeña vasija de tierra, lo que se hace en todos los árboles que se quiere; luego la vasija se vacía en un recipiente mayor, y el producto recogido se seca espiniéndolo al humo.

Hacia algun tiempo que veía á muchos hombres sentados en sus canoas en unos andamios formados de troncos de árboles, é inmóviles como estatuas. M. O... me dijo que eran pescadores, pero la distancia no me permitía ver que estaban armados de flechas. Así pasaban dias enteros sin hacer mas movimiento que el necesario para arrollar un cigarro. Aquellos habitantes de las orillas de las islas del Amazonas son los indios mura, tribu con la que ninguna otra quiere contraer alianzas. Créese generalmente que dichos indios emigraron en la época de la conquista del Perú, y nada dejan que desear: son ladrones, la palabra que empeñan á nada les obliga, y han adquirido mucho mas que los demás indios que están en contacto con la civilizacion europea, los vicios de ésta, sin asimilarse nada de sus condiciones ventajosas. ¡Policarpo era mura!

Por donde quiera que pasábamos la vegetacion llegaba al agua, de modo que nunca se veía la orilla; y como las plantas acuáticas se estendían á largas distancias, parecia muchas veces que navegábamos por medio de un jardin cubierto de flores; así es que para dar pasto fresco á dos bueyes que llevábamos á bordo, un cocinero que habia cortado al pasar unas cañas en flor, halló entre ellas una pequeña serpiente azul, de la cual solo pude salvar la cabeza, pues el cuerpo fue magullado por los que le tenían miedo.

No creo sea posible en el mundo navegacion mas agradable que la que describo. Al acercarme al Amazonas creí ver un mar interior sin mas horizonte que el cielo, ó cuando mas unas montañas que se perdían á lo lejos, pero nada de lo que á mi vista se presentaba se parecia á lo que habia supuesto. Muy lejos estaba de quejarme por ello, porque á cada instante, en vez de esta monotonía, veía desplegarse panoramas siempre nuevos en sus variados aspectos. Contemplaba aquel mudable espectáculo, tendido en una ligera hamaca, no dejando al calor la posibilidad de penetrar en mis vestidos, que podia por otra parte simplificar mucho bajo una toldilla por lo regular descubierta como el resto del buque, teniendo para distraerme sin molestia alguna, delante de mí el movimiento de la tripulacion, y á derecha é izquierda pájaros y flores en medio de una atmósfera templada